

De mi inicua deslealtad;
Y por otra de venganza
Ardiendo en la ansia voraz,
Sólo, sólo su exterminio
Fué ya mi anhelo y mi afán.

»Yo detuve los correos,
Yo astuto nunca tornar
Dejé, Nuño, á los criados
Que tú mandastes allá.
Y poco despues viniendo
De Provenza y Perpiñan,
De doña Blanca el hermano
Su tierno amparo á buscar,
Porque del padre de entrambos
Iban los negocios mal;

Intercepté yo las cartas
En que de esta novedad
Cariñosa te dió parte,
Y tracé el horrendo plan.

»Te llamé, volaste ciego
Donde te esperaba ya,
Y hasta el jardin te conduje
Como puedes recordar.

»Allí á tu esposa miraste,
Sol puro, ángel celestial.
Con su hermano don García
En inocente solaz;
Y creyendo ofensa tuya
El cariño fraternal,
De tus celos furibundos
Reventó el hondo volcan.

»Yo la maldicion oyendo
Sobre mi frente tronar
De los cielos, por el monte,
Del horrendo temporal
Envuelto en las densas sombras,
Y huyendo de mi maldad,
Perdíme; y diez años luego
Vagué por el mundo, tan
Perseguido de fantasmas,
De despecho, de ansiedad,
Que anhelaba del sepulcro
El hondo sueño y la paz.

»Al cabo vine á Sevilla,
Sin propósito y sin plan,
Y en su muelle una mañana
Ví un hombre, cuyo ademan
Me ofreció vagos recuerdos
De otro tiempo y de otra edad.
Y clavando en mí los ojos
Y nombrándome además,
Con irresistible fuerza
Me arrastró hasta este lugar,
En donde nuestras espadas
Lucha trabaron mortal.

»Era el mismo don García,

Tu cuñado, que escapar
Logró, bien que mal herido,
De tu cólera infernal.
Y no aquel tierno mancebo
Lindo, y débil era ya,
Sino hombre de fortaleza,
Valiente, orgulloso, audaz.

»Muy poco duró el combate,
Pues su espada atravesar
Logró mi pecho; y al punto
Que en este mismo lugar
Cayó sin vida mi cuerpo,
En el bátratro infernal
Se precipitó mi alma
Por toda la eternidad.

»Mas Dios en su Omnipotencia
Dejándome para hablar
Lengua, y ojos para verte,
Porque así te convendrá;
Mandóme en aqueste sitio
Firme tu vuelta esperar,
Y descubrirte el misterio
Como lo he cumplido ya.»

Dijo, y la lengua en polvo convirtióse,
Los fosfóricos ojos se apagaron,
A don Nuño las fuerzas le faltaron
Y en tierra como muerto desplomóse.

Bañó la fresca aurora
En púrpura el oriente,
Y en pos el sol ardiente,
Entre celajes que perfila y dora,
Alzó con majestad la augusta frente.

Del soñoliento rio
Tornó el raudal en oro,
Y nítido tesoro
En los prados las gotas de rocío,
Y saludó á la torre obra del moro.

Y vió solo y desierto
El campo de Tablada,
De la noche pasada
Con el vapor levísimo aun cubierto,
Y su abundante yerba aljofarada.
Y de través derrama
Por la inmensa Sevilla,
Del orbe maravilla,
La pura lumbre de su hermosa llama,
Que en altas torres y en palacios brilla.

E hiriendo de soslayo
Una alta vidriera,
Do ardiente reverbera,
En una pobre celda metió un rayo,
De un monasterio de los muros fuera.

Y dentro de ella, hundido,
Casi fuera del mundo
En letargo profundo,
Alumbrió á Nuño Garceran, tendido,
En pobre lecho inmóvil, moribundo.
Y á un monje venerable
De rodillas al lado,
Que el rostro al cielo alzado
Ruega por aquel ente miserable
Al Supremo Señor que lo ha criado.

Volviendo el religioso
De lejana alquería,
Donde auxiliado habia
A otro infeliz, cruzaba presuroso
El campo de Tablada ántes del día;
Y aquel hombre tendido,
Sin herida, en el suelo
Halló, y con santo celo,
De que aun no estaba muerto convencido,
En salvarlo cifró todo su anhelo.

Y de temor desnudo,
Y tan sólo ayudado
De su fervor sagrado,
Lo trasportó á su celda como pudo,
Mas ya reputa inútil su cuidado;
Cuando el rayo amoroso
Del sol bañó el semblante
Del enfermo, y triunfante
De aquel febril letargo soporoso,
Tornó la vida al seno palpitante.
Que el calor es la vida,
Y el del sol reanimando
A Garceran, y dando
Movimiento á su sangre detenida,
Fué sus inertes miembros restaurando.

Y al que lloraba muerto
Viendo de pronto vivo,
El monje compasivo,
Y que torna á mover el cuerpo yerto,
Prodígale el socorro más activo.

Abre Nuño los ojos,
Sus mejillas de nieve
Toman color, y mueve
Los labios, de la parca ántes despojos;
Y á raudales respira el aura leve.

Hondamente suspira,
Al cabo se incorpora,
Dónde se encuentra ignora,
Asombrado en redor los ojos gira,
Y del benigno Dios la ayuda implora.

El religioso en tanto
Su caridad duplica;
En dónde está le explica,
Y con santo fervor y celo santo
El más vivo interés le testifica.

Y Nuño, compulsado

Acaso del tremendo
Espectáculo horrendo,
Que Dios en el letargo le ha mostrado,
Y en lágrimas amargas prorumpiendo,
Confesion con ferviente
Voz demanda anheloso,
Y viendo el religioso
Que ya el menor retardo no consiente,
En confesion le escucha silencioso.

Con nueva vida, y restaurado aliento,
Y revolviendo Nuño la memoria,
De tantos años la terrible historia
Al santo cenobita reveló.

Al cenobita, que escuchóla atento,
Y que el nombre al oír del penitente,
Cubrió de horrenda palidez la frente
Y cual de mármol gélido quedó.

Y de la confesion en el discurso,
Ya las lágrimas quemaban su semblante,
Ya el corazon del pecho palpitante
Parece va á salir con ansiedad,

Ya da á suspiros dolorosos curso...
Mas tranquiliza la virtud su alma
Y en su rostro renuévase la calma
Que dan la abnegacion y caridad.

Nuño convulso, ronco, anonadado,
De aquellos largos años, que pasara
Blasfemando de Dios con furia rara,
Cual pudiera un espíritu infernal:

En la incredulidad precipitado,
Abiertamente con el cielo en guerra,
Maldiciendo frenético á la tierra
Y ansiando ver su destruccion final;

Como si el santo cielo bondadoso
Para el acto solemne le volviera
De su antiguo vigor la fuerza entera,
Hizo la más completa confesion.

Demostrando al prudente religioso,
Que Dios su corazon tocado habia,
Y que en él á raudales difundia
El bálsamo de humilde contricion.

Y cuando al concluir la penitencia
Esperaba en la tierra prosternado,
De su pasada vida horrorizado,
Dispuesto á renunciar al mundo atroz;

De pié el monje mostrando en su presencia
Noble, que el cielo santo le ilumina,
Que arde en su mente inspiracion divina,
Así prorumpe con solemne voz:

«¡Oh admirable, oh magnífica
Omnipotencia suma!...
...¿Hay mortal que presuma
Tus ocultos arcanos penetrar?»

» ¡Oh adorable, oh santísima
 Misericordia!... ¡Cuánto
 Es inmenso tu manto!
 ¿Quién no debe en tu amparo confiar?
 » La gloria más espléndida,
 Oh Garceran, te aguarda,
 Si es que no te acobarda
 La penitencia que te impone Dios.
 » Corre, corre solícito
 De Leon á la sierra,
 A tu patria, á tu tierra
 De bienaventuranza eterna en pos.
 » Allí del hondo báratro
 Todo el poder confunde,
 Sus asechanzas hunde,
 Y gánate la palma angelical.
 » Con penitencias ásperas,
 Con oracion constante,
 Con fe perseverante,
 Implora la clemencia celestial.
 » Y señal segurísima
 Será de que la obtienes,
 Y que tu gracia tienes,
 Del cielo santo singular favor.
 » De una joya riquísima
 El hallazgo impensado,
 Joya que de tu estado
 Restaurará la fama y esplendor.
 » En cuanto brille fúlgida,
 El cielo serenarse,
 Y el suelo engalanarse
 De hermosos dones súbito verás.
 » Y luego una flor cándida
 A tus plantas nacida,

Te anunciará otra vida,
 Y con ella á la gloria volarás.
 » Porvenir tan magnífico
 El Señor te reserva,
 Si en penitencia acerba
 Persistes, largos años de expiacion.
 » Y en el nombre santísimo
 Del Dios Omnipotente,
 Doy á tu humilde frente
 De tu pasada vida absolucion.
 » Y ahora en tu seno estréchame
 Y al cielo bendigamos,
 Porque aquí nos juntamos,
 Desventurado Nuño Garceran.
 » Llega, sí, reconócame,
 Soy de Blanca el hermano,
 Y de tu hierro insano
 Aun las señales en mi pecho están.
 » ¡Oh juicios del Altísimo!...
 Yo soy, yo, don García,
 Que de tu saña impía
 Logré salvarme en noche tan fatal;
 » Porque Dios piadosísimo
 Me eligió en el momento,
 Para humilde instrumento
 Que te abriera el camino celestial.»
 Diciendo así aquel monje venerable,
 En cuyo labio Dios hablado había,
 El macilento pecho descubria
 Con cicatriz en él honda, espantable:
 Y Nuño en llanto de dolor deshecho,
 En su seno se lanza confundido,
 ¡Perdon!!! ¡perdon!!!... gritando arrepentido,
 Y quedan mudos en abrazo estrecho.



TERCERA PARTE

¡Ay qué aspecto tan triste y desolado
 Presenta el sitio un tiempo delicioso
 Do Nuño Garceran tuvo su estado!
 Desde el momento aciago y espantoso
 En que de sangre pura fué inundada,
 Por la trama infernal de un alevoso,
 Y por la injusta mano emponzoñada
 De un mortal fascinado y delirante,
 Cuánto la tierra aquella está mudada!

Del saúdo huracan, que en el instante
 De perpetrarse el crimen, repentino
 Descendió de los montes resonante,
 En el confuso y rauda remolino
 Huertas, mieses, jardines, perecieron,
 Y la alta encina y el robusto pino.
 Y las nubes tronantes, que envolvieron
 En ciega oscuridad toda la sierra,
 Con rayos el palacio confundieron.